

La república de los “matreros”. Algunas consideraciones sobre guerrilla y bandolerismo en el litoral del río Uruguay (1845-1851)

Nicolás Duffau*

Universidad de la República, Uruguay

Mario Etchechury-Barrera**

Investigaciones Socio Históricas Regionales - CONICET,
Argentina

 <https://doi.org/10.15446/historelo.v17n39.113355>

Recepción: 06 de marzo de 2024

Aceptación: 30 de enero de 2025

Modificación: 10 de febrero de 2025

Resumen

El artículo explora las interacciones entre bandolerismo, guerra y política en el Río de la Plata a mediados del siglo XIX. En particular, estudia el rol desempeñado por las partidas de “montoneros” y “matreros” que circulaban por los montes e islas fluviales del río Uruguay y sus múltiples vínculos con las fuerzas de guerra que operaron en esa región entre 1845 y 1851. Para ello nos enfocamos en las campañas encabezadas en el litoral del río Uruguay por Giuseppe Garibaldi (1845-1846) y Fructuoso Rivera (1846-1847). Luego de trazar un panorama global sobre las diversas formas de bandolerismo en la zona del río Uruguay y Paraná, abordamos el modo en que las conflagraciones de mediados del siglo XIX potenciaron y politizaron ese fenómeno, centrándonos en las trayectorias particulares de Joseph Mundell y Juan de la Cruz Ledesma.

Palabras clave: río Uruguay; Río de la Plata; islas; guerra; bandolerismo; contrabando.

* Doctor en Historia por la Universidad de Buenos Aires, Argentina. Actualmente se desempeña como profesor titular del Departamento de Historia Americana del Instituto de Ciencias Históricas de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad de la República de Uruguay (UdelaR). El artículo es resultado de la financiación por la Comisión Sectorial de Investigación Científica de la Universidad de la República, Programa Grupos I+D. Correo electrónico: nicolas.duffau@fhce.edu.uy  <https://orcid.org/0000-0002-3657-8547>

** Doctor en Historia por la Universitat Pompeu Fabra, Barcelona, España. Actualmente se desempeña como investigador asistente del ISHIR (Investigaciones Socio-Históricas Regionales) Unidad Ejecutora del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) y de la Universidad Nacional de Rosario, República Argentina. Correo electrónico: mario.etchechury@gmail.com  <https://orcid.org/0000-0002-1606-1620>



Cómo citar este artículo/ How to cite this article:

Duffau, Nicolás, y Mario Etchechury-Barrera. “La república de los ‘matreros’. Algunas consideraciones sobre guerrilla y bandolerismo en el litoral del río Uruguay (1845-1851)”. *HiSTOReLo. Revista de Historia Regional y Local* 17, no. 39 (2025): 78-110. <https://doi.org/10.15446/historelo.v17n39.113355>

The Republic of the “Matreros”. Some Regards on Guerrilla Warfare and Banditry on the Uruguay River Coast (1845-1851)

Abstract

This article explores the interactions between banditry, war and politics in the Río de la Plata in the mid-nineteenth century. It is studied specifically the role played by the mobs of “montoneros” and “matreros” that moved around through the hills and fluvial islands of the Uruguay River and their multiple links with the war forces that operated in that region between 1845 and 1851. To this end, we focused on the campaigns led on the Uruguay River coast by Giuseppe Garibaldi (1845/1846) and Fructuoso Rivera (1846/1847). After tracing a global outlook on the various forms of banditry in the Uruguay and Paraná Rivers area, we addressed the way in which the conflagrations of the mid-nineteenth century reinforced and politicized that phenomenon, focusing on the particular paths of Joseph Mundell and Juan de la Cruz Ledesma.

Keywords: Uruguay River; Río de la Plata; islands; war; banditry; smuggling.

A república dos “matreros”. Algumas considerações sobre guerrilha e banditismo na costa do rio Uruguai (1845-1851)

Resumo

O artigo explora as interações entre banditismo, guerra e política no Rio da Prata em meados do século XIX. Em particular, estuda-se o papel desempenhado pelos grupos de “montoneros” e “matreros” que circulavam pelo mato e ilhas fluviais do Rio Uruguai e seus múltiplos vínculos com as forças de guerra que operaram naquela região entre 1845 e 1851. Para isso, focamos nas campanhas lideradas no litoral do rio Uruguai por Giuseppe Garibaldi (1845-1846) e Fructuoso Rivera (1846-1847). Depois de traçar uma visão global das diversas formas de banditismo na região dos rios Uruguai e Paraná, abordaremos a forma como as conflagrações de meados do século XIX reforçaram e politizaram este fenômeno, concentrando-nos nas trajetórias particulares de Joseph Mundell e Juan de la Cruz Ledesma.

Palavras-chave: Rio Uruguai; Rio de la Plata; Ilhas; Guerra; Banditismo; Contrabando.

Introducción

La historiografía rioplatense, desde la década de 1980, atravesó por un profundo proceso de renovación conceptual que cambió de forma completa nuestra visión sobre la sociedad de las áreas rurales del Río de la Plata entre el período tardo colonial y mediados del siglo XIX.

En las reconstrucciones hasta entonces hegemónicas en Argentina, Uruguay y sur del Brasil los gauchos “errantes” eran considerados como los principales pobladores de las pampas, teniendo en el otro extremo del arco social a los grandes estancieros y latifundistas. No obstante, el recurso de nuevos enfoques teóricos y el hallazgo o relectura de fuentes que se alejaron de las crónicas de viajeros y descripciones impresionistas permitieron visualizar unas sociedades regionales donde era medular el papel socio productivo de los pequeños y medianos labradores, criadores y pastores en cuyas unidades se empleaba mano de obra familiar y que solo volcaban al mercado una parte de su producción y fuerza de trabajo.

No es fortuito que a partir de ese punto se estudiaran con nuevos ojos fenómenos que habían pasado desapercibidos, como la densa migración laboral interna y zafral o la existencia de un “campesinado” —término muy poco empleado con anterioridad—, que sin negar la presencia de gauchos les otorgaba a estos un lugar más acotado, muy lejos de la centralidad historiográfica previa.¹ En efecto, en los últimos diez años, varias investigaciones han comenzado a recuperar el rol social, político y económico de esas partidas de “hombres sueltos”, pero desde una óptica más específica. Sin desatender sus obvias vinculaciones con el mercado de trabajo rural, estos estudios han puesto énfasis en reconstruir el accionar de las gavillas de “salteadores”, “facinerosos” y “matreros” como un fenómeno de larga duración, con sus propios espacios, dinámicas internas y lógicas de reproducción social.²

1. Véase al respecto los balances de esta renovación trazados por Garavaglia y Gelman (1995), Fradkin y Gelman (2004), Farinatti (2018) y Moraes (2022).

2. En la historiografía europea, desde la década de 1960, distintos trabajos se vieron influenciados por los estudios de Eric Hobsbawm y sus críticos en torno al bandolerismo y a la criminalidad rural que se convirtieron en un importante campo de investigación. Un debate propuesto en paralelo a las sucesivas ediciones de *Rebeldes Primitivos*, de 1959, y *Bandidos*, de 1969, en Blok (1972), O'Malley (1979) y Slatta (1987). En el caso uruguayo, contamos con un trabajo pionero de Julio Rodríguez (1968), centrado en el concepto de “montonera”. Para un análisis del bandolerismo en el Uruguay durante la segunda mitad del siglo XIX, véase Duffau (2014, 2018).

En este artículo nos proponemos abordar las conexiones entre las guerras de mediados del siglo XIX y el crecimiento del bandolerismo en zonas concretas del litoral del río Uruguay, entre 1845 y 1851, el último tramo de la llamada “Guerra Grande” rioplatense.³ La dinámica de esos violentos enfrentamientos, caracterizados por el empleo sistemático de las prácticas de la “guerra de recursos” —es decir, la adquisición de hecho de animales y recursos para la guerra— desestructuraron los circuitos productivos, destruyeron buena parte de la dotación ganadera y arrojaron a los montes e islas del litoral del río Uruguay a miles de pobladores civiles que huían de sus villas y pueblos, así como combatientes y desertores de los más diversos encuadres, desde soldados de ejércitos de línea y marineros, hasta partidas de “montoneros” y voluntarios extranjeros.⁴ Ese impacto demográfico y económico amplió los espacios por donde se movían desde hacía décadas contrabandistas y salteadores, propiciando una dinámica de colaboración y conflicto con los comandantes de las distintas fuerzas de guerra en pugna. Para desarrollar este avance se emplearon partes militares, correspondencia, diarios y memorias militares, así como algunos archivos personales de actores del período.

Conflictos en torno al río Uruguay y rearticulación del bandolerismo

El Río de la Plata estaba atravesado, a mediados del siglo XIX, por una serie de enfrentamientos civiles regionales que oponían a grandes coaliciones político-militares y que movilizaron a fuerzas de guerra de los más diversos encuadres y

3. La Guerra Grande fue un conflicto militar regional que se extendió por casi quince años (1838-1852) e involucró a las principales provincias de la región platense, así como a los intereses británicos y franceses en el Río de la Plata. La guerra se inició en 1838, cuando el expresidente oriental Fructuoso Rivera se sublevó contra el gobierno de Manuel Oribe, con el respaldo de los unitarios argentinos y la armada francesa. Oribe, por su parte, contó con el apoyo de Juan Manuel de Rosas, gobernador de la Provincia de Buenos Aires. En febrero de 1843, el ejército rosista puso sitio a Montevideo, que permaneció cercada por tierra y mar hasta octubre de 1851. El conflicto concluyó el 3 de febrero de 1852 con la derrota militar y el derrocamiento de Juan Manuel de Rosas.

4. Por montoneros se entendía una forma de combate guerrillero, en especial en el medio rural.

procedencias.⁵ En el marco de esa contienda, entre 1842 y 1847, se desarrollaron dos grandes campañas que tuvieron como escenario el litoral del río Uruguay en sus dos márgenes.

En primer término, luego de ser derrotado en la batalla de Arroyo Grande (Provincia de Entre Ríos, el 6 de diciembre de 1842), el general Fructuoso Rivera⁶ organizó la que posiblemente haya sido una de las operativas de “tierra arrasada”, —destrucción de todos los recursos y haciendas— más considerable de la primera parte del siglo XIX en esa región. En pocos días este jefe militar reagrupó algunas partidas que habían sobrevivido a la batalla y ordenó el desplazamiento de miles de campesinos y habitantes de villas y poblados, junto con todas las haciendas y bienes que podían transportar. Este contingente, que algunas fuentes impresionistas sitúan en alrededor de 20 000 personas, fue concentrándose en el centro-sur del territorio estatal, resguardado entre los ríos Yi y Negro, mientras que otra parte se internó en la ciudad-puerto de

5. Por razones de espacio no podemos detenernos en los sinuosos desarrollos de esta conflictividad, que en la historiografía rioplatense suele conocerse como “Guerra Grande” (1838-1852). En este conflicto se opusieron dos grandes coaliciones de “partidos” político militares. Por una parte, los llamados “unitarios”, opositores al gobernador de Buenos Aires, Juan Manuel de Rosas, se vincularon a los “colorados” orientales (uruguayos) mientras que, por la otra, los llamados federales de la Confederación Argentina, seguidores de Rosas y sus aliados, hicieron frente común con los “blancos” orientales, que apoyaban al presidente Manuel Oribe, depuesto por una revolución encabezada por el general colorado Fructuoso Rivera, en octubre de 1838. Tras varias campañas militares, para 1843 la ciudad-puerto de Montevideo fue sitiada por el Ejército Unido de Vanguardia de la Confederación Argentina, fuerza de guerra que respondía al gobernador de Buenos Aires y era comandada por el general Oribe. Al interior de la ciudad se formaron varias legiones de voluntarios (franceses, italianos, argentinos, españoles, etc.), que jugaron un rol clave en la defensa. A su vez, desde el inicio del asedio, los gobiernos de Francia e Inglaterra, que tenían numerosos intereses mercantiles y geopolíticos, apoyaron financiera y militarmente al Gobierno de Montevideo y enviaron varias misiones diplomáticas para intentar pacificar la región. Finalmente, entre 1851 y 1852 una coalición regional formada por contingentes de Montevideo, Entre Ríos y el Imperio del Brasil logró que Oribe levantara el sitio y, en febrero de 1852, derrotó a las fuerzas del federal Juan Manuel de Rosas en la batalla de Caseros, en Buenos Aires.

6. Fructuoso Rivera (1789-1854) militar y político de larga y controvertida trayectoria en el Río de la Plata. Tuvo una activa participación en las guerras revolucionarias de las décadas de 1810 y 1820 en la Banda Oriental. Entre 1830-1834 y 1839-1843 ejerció como presidente del Estado Oriental del Uruguay. A partir de 1836 se convirtió en el líder de una agrupación político-militar —el ya citado partido “colorado”— enfrentado al por entonces presidente Manuel Oribe. Luego de desarrollar varias campañas militares en la Confederación Argentina y en el Estado Oriental del Uruguay, en 1847 Rivera fue condenado al exilio en Río de Janeiro por disidencias con el Gobierno de Montevideo. Retornó al territorio uruguayo recién a inicios de 1854, tras ser designado como miembro de un triunvirato. Es considerado por la historiografía rioplatense como uno de los máximos exponentes de la “guerra de guerrillas” posrevolucionaria.

Montevideo, donde se registraron más de 3500 mujeres, niños y hombres que no estaban en disposición de combatir. A su vez, la población movilizada que no ingresó a la capital o se dispersó fue reagrupada, por lo que a mediados de 1845 llegó a totalizar alrededor de 9000 civiles que marchaban en cientos de carretas, siguiendo de cerca a las fuerzas de Rivera durante varios meses, hasta que buscaron refugio en la provincia brasileña de Río Grande do Sul, tras una nueva derrota del caudillo colorado frente al entrerriano Justo José de Urquiza en la batalla de India Muerta (actual departamento de Rocha) el 27 de marzo de 1845 (Etchechury-Barrera 2017).

El arribo al Río de la Plata (abril-mayo de 1845) de una nueva misión diplomática —conocida como “intervención anglo-francesa”— encabezada por el inglés William Gore Ouseley y el francés Barón Antoine Deffaudis marcó el reinicio de las hostilidades y dio paso a un segundo momento de alta movilización militar. Los ministros interventores tenían como objetivo negociar la paz entre el Gobierno de Montevideo y Juan Manuel de Rosas, encargado de los negocios de guerra y relaciones exteriores de la Confederación Argentina. Una vez fracasadas las gestiones de pacificación, el Gobierno de la Defensa de Montevideo y los citados ministros anglo-franceses dispusieron bloqueos contra los puertos enemigos y organizaron sendas operaciones naval-mercantiles que tuvieron como epicentros los ríos Paraná y Uruguay (Cady 1943; McLean 1995; Poenitz 1995).

El enfoque aquí es este último eje fluvial, donde se llevaron a cabo dos campañas militares que, si bien fueron planeadas de manera autónoma, en su último tramo se yuxtapusieron. Por un lado, el Gobierno de Montevideo organizó junto con los ministros interventores de Inglaterra y Francia una expedición fluvial encabezada por una escuadrilla al comando del coronel Giuseppe Garibaldi,⁷ que entre

7. Garibaldi (Niza, 1807; Caprera, 1882). Después de participar de un fallido levantamiento en la península itálica, debió partir al exilio. Afiliado a las ideas de la *Giovine Italia* de Giuseppe Mazzini, a comienzos de 1836 arribó a Río de Janeiro, desde donde se dirigió a Río Grande do Sul, sumándose como corsario al proyecto separatista de los republicanos de esa provincia. A mediados de 1841 se trasladó a Montevideo, siendo designado coronel de la escuadrilla del Estado Oriental del Uruguay (1842) y jefe de la Legión Italiana (1843). En enero de 1846 fue nombrado coronel-mayor (general) de la República y el 8 de febrero siguiente obtuvo su mayor éxito militar en la batalla de San Antonio, durante la campaña en el departamento de Salto, al Norte del río Negro. En junio de 1847 fue nombrado jefe de todas las fuerzas de Montevideo. En abril de 1848 retornó a la península itálica junto a un grupo de legionarios.

septiembre de 1845 e igual mes de 1846, desarrolló una veloz campaña “anfibia” por agua y tierra sobre el río Uruguay, apoyado por fuerzas navales franco-inglesas. En pocos meses esta columna expedicionaria puso bajo la administración montevideana puntos estratégicos, como la ciudad-puerto de Colonia del Sacramento, las islas de Martín García y el Vizcaíno y el pueblo de Salto, al norte del río Negro.

Al año siguiente, en mayo de 1846, poco después de desembarcar en Montevideo procedente de Río de Janeiro, el general Fructuoso Rivera inició una nueva campaña por tierra, al sur del río Negro. Luego de hacer pie en el departamento de Colonia, donde organizó y abasteció sus tropas durante meses, ese ejército de operaciones tomó las villas de Mercedes y Paysandú. Sin embargo, el retiro de las tropas de Garibaldi de Salto y la simultánea reacción de las fuerzas del Ejército Unido hizo que el conjunto de esas conquistas se desmoronase con rapidez.

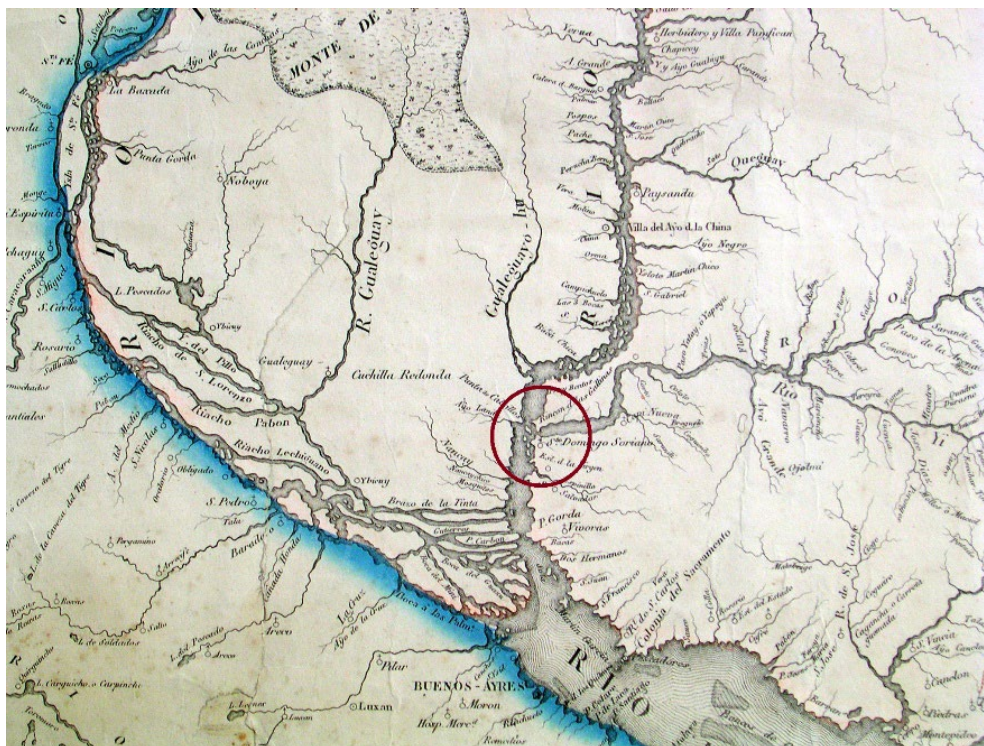
En enero de 1847 la mayor parte de los poblados costeros, exceptuando el puerto de Colonia, pasó nuevamente al poder de las tropas que respondían a Oribe. No se quiere reconstruir aquí ninguna de estas campañas, que se ha reducido a un mero esquema de fechas y episodios militares, sino señalar su confluencia en un mismo territorio y hacer énfasis en cómo esta imbricación impactó a nivel social y económico, afectando sobre todo a los poblados de Colonia, Paysandú, Soriano y Salto, situados en los márgenes de los ríos Uruguay y Negro, que fueron un objetivo común de las fuerzas de guerra que operaron en el área, en tanto constituían nodos articuladores del comercio regional.

Esta dinámica provocó una feroz disputa por los recursos pecuarios, en la que los ejércitos en operaciones consumieron grandes tropas de ganado vacuno y caballar y requisaron —por derecho de guerra o de modo informal— miles de cueros y otros frutos del país acopiados por comerciantes particulares. En simultáneo, la conflictividad generó continuos desplazamientos demográficos provocados por el abandono —voluntario o compulsivo— de algunos pueblos y por el constante flujo de desertores y refugiados que buscaron cobijo en los montes e islas.⁸ En ese complejo, la zona donde confluyen los ríos

8. A mediados del siglo XX, Homero Martínez Montero refiere la existencia de unas 140 islas ubicadas a lo largo del río Uruguay, desde el Cuareim, en el norte, hasta Punta Gorda, al sur. La superficie total de este conjunto insular ascendía a unas 20 000 hectáreas, aunque obviamente esa cifra es estimativa, ya que ha ido cambiando con los años debido a la acumulación de sedimentos y “depósitos aluvionales” (Montero-Martínez 1957, 27).

Uruguay y Negro jugó un rol preponderante en la región, una relevancia estratégica que no era por cierto nueva (ver figura 1).

Figura 1. Confluencia de los ríos Uruguay y Negro



N. de A.: detalle de la “Carta esférica de la Confederación Argentina y de las Repúblicas del Uruguay y del Paraguay” (París, 1853), que reproduce una carta elaborada por José María Cabrer en 1802. El título de esta carta, tal como aparece referido aquí, fue colocado por los editores de 1853. Extraído de la Colección Láminas y Planos, Biblioteca Pablo Blanco Acevedo, Museo Histórico (Montevideo).

En diversos momentos varias de sus islas y territorios adyacentes habían servido como punto de introducción y crianza de rodeos vacunos, sitio de fundación de asentamientos de pueblos de indios y villas y refugio para desertores y pobladores que habían tenido que abandonar sus villas por la guerra o debido a la persecución de las autoridades.⁹ Fue sobre todo el establecimiento del sistema de estancias y explotaciones jesuíticas a principios del siglo XVII el factor que aceleró

9. Sobre la demografía de los pueblos y villas situados sobre el río Uruguay, ver Barreto y Azpiroz (2021).

una fuerte disputa por tierras y ganados entre varios actores del área, conflictos que se incrementaron aún más a partir de la fundación del enclave portugués de Colonia del Sacramento en 1680 (Moraes 2008; Moutoukias 1988; Prado 2021). En ese circuito, la isla del Vizcaíno, así como otros islotes aledaños que integraban una suerte de archipiélago como Yaguarí y Lobos, estratégicamente situados en la desembocadura del río Negro en el Uruguay, pese a su reducida superficie, jugaron un rol medular en la integración de los entramados de comercio legal y de contrabando a lo largo de la historia de la región (ver figura 2).

Figura 2. Islas del Vizcaíno, Yaguarí y Lobos



N. de A.: detalle de la carta fluvial elaborada por la Dirección Nacional de Hidrografía del Ministerio de Transporte y Obras Públicas del Uruguay (1985). Extraído de las Colecciones digitales, Biblioteca Nacional de Uruguay (Montevideo).

Como se aprecia en el mapa, este conjunto insular se encuentra separado de tierra firme por un canal estrecho, por lo que en realidad formaba una suerte de continuidad espacial con el llamado “Rincón de Haedo” o “de las Gallinas”, una extensa península de pastos abundantes y montes que dibuja una rinconada natural circunscripta por los citados ríos Negro y Uruguay. Se trataba de un ecosistema de considerable riqueza económica —y por ende también un punto de atracción para numerosos pobladores— donde se solían encontrar en abundancia ganado, incluso en épocas de guerra (Moraes 2015). A lo largo de la historia, esa misma abundancia pecuaria dio pie al asentamiento irregular y episódico de numerosos migrantes regionales dedicados a la faena clandestina y al contrabando de cueros.

El español Andrés de Oyarvide, que recorrió el litoral del río Uruguay como integrante de una comisión demarcadora de límites en la década de 1790, señaló la existencia de numerosas partidas de “changadores” (jornaleros) y “pandillas de foragidos (sic) y desalmados” procedentes de un extenso arco territorial, individuos “todos sin justicia ni religión” que circulaban por las islas del Queguay y sus inmediaciones. Estos grupos, que el autor del informe estimaba entre los 800 y 1000 hombres —cifras impresionistas, claro está— se dedicaban a intercambiar las pieles y el sebo o grasa resultantes de las “corambreadas” (del procesamiento del cuero vacuno fresco) por plata y efectos de Buenos Aires, dando lugar a una extensa red de contrabando. Solo entre 1795 y 1796 estas partidas habrían matado alrededor de 800 000 cabezas de ganado, de acuerdo a los datos recogidos por el mismo Oyarvide, que también dio cuenta de la presencia en las márgenes del río Negro de “bandidos ó gauchos que vagan por estos campos”, y cuyas andanzas volvían peligroso el asentamiento de pobladores regulares (Lockhart 1967).

Los territorios situados al sur de este último río también fueron un escenario frecuente de las depredaciones de “gavillas” de “salteadores” y “ladrones criminosos” abocadas al robo y asalto de pulperías, estancias y poblados, un fenómeno delictivo que se tornó común en las jurisdicciones de las villas de Colonia y Soriano. Estos episodios, que aparecen documentados de forma creciente a partir de la década de 1780, se intensificaron todavía más en el contexto de los conflictos inter imperiales hispano-portugueses, como ha demostrado recientemente Raúl Fradkin (2022).

Cabe señalar que, desde fines del siglo XVIII, el concepto de “matrero” con frecuencia fue asociado por las autoridades rioplatenses a una amplia familia semántica integrada por términos análogos —y a veces intercambiables— como “vagabundo”, “ladrón criminoso”, “facineroso”, “gauderío”, “gaucho” o “salteador”, que eran empleados para aludir a un conjunto heterogéneo de individuos que cometían actos ilícitos en la campaña y que podían representar un peligro para el orden cuando formaban grupos o “agavillaban”.¹⁰ Si bien estos actores podían tener inserción laboral en los circuitos productivos, solían desarrollar sus actividades en los márgenes de la legalidad, participando en faenas clandestinas y contrabando, o cometiendo robos en estancias y poblados.

Antes que un tipo social delineado, la palabra “matrero” —que aquí nos interesa traer a colación— terminó por circunscribir a un conjunto de prácticas de subsistencia y/o resistencia contra las autoridades que podían ser empleadas por diversos actores por un tiempo variable. Un rasgo definidor de este “matrerismo” era el empleo como refugio y base de operaciones de montes, islas o serranías, lugares “sin Estado” que *a priori* escapaban al control de los agentes políticos y militares. Desde allí integraban el tráfico de contrabando de cueros vacunos para aprovisionarse de ropas, municiones, alcohol y tabaco o realizaban incursiones periódicas en vecindarios, asaltando pulperías, estancias y casas particulares. Estas modalidades de subsistencia podían continuar por extensos períodos, máxime cuando los implicados habían perpetrado asesinatos o robos reiterados que les dificultaban volver a integrarse en sus vecindarios o pueblos. Otros, en cambio, “matrereaban” durante un tiempo limitado y llevados por causas circunstanciales, como solía ser el caso de desertores y milicianos dispersos luego de ser derrotadas las fuerzas en las que revisitaban, y que decidían no retornar a sus cuerpos. Tal como lo ha demostrado la historiografía, la guerra incentivaba este tipo de bandolerismo y en no pocas ocasiones lo politizaba, llevando a que muchos matreros reunidos en “gavillas” negociaran su lealtad con los “partidos” que se disputaban el control del *hinterland* rural.¹¹

10. Un debate actualizado sobre el origen de la expresión “gaucho” en Bertolotti (2007).

11. Un estudio sobre la guerra y el bandolerismo en la campaña de Buenos Aires durante la década de 1820 en Fradkin, (2006). Para el caso de las islas y montes del delta del río Paraná, véase el completo estudio de Robles (2020).

Para mediados del siglo XIX, pareció consolidarse esa paulatina bifurcación semántica entre la palabra gaucho, asociada al poblador de la campaña en general, y el matrero propiamente dicho, que cada vez más era usado para designar a los “marginales” del mundo rural, que permanecían ocultos en islas y montes y oscilaban entre la criminalidad y el mercado laboral. El francés Benjamín Poucel (1807-1872), estanciero radicado en Paysandú a mediados del siglo XIX, solía emplear las dos palabras como sinónimas, sosteniendo que los gauchos —a los que catalogaba como “roedores del cuerpo social”— también eran “conocidos bajo el nombre genérico de matreros u hombres de los bosques” (Poucel 1864, 134). Décadas después, Garibaldi —que, si bien también afirmaba que el matrero era casi un sinónimo “del gaucho de las Pampas”— estableció un distingo relevante, considerando que el primero era independiente de toda autoridad y “más ilegal” (Garibaldi 1982, 139). En todo caso, durante el último tramo del siglo XIX la definición del matrero se consolidó como una suerte de persona al margen de las normas sociales, que tenía como principal hábitat los montes e islas y su diferenciación del gaucho ya se había cristalizado en algunos diccionarios regionales, como fue el caso del *Vocabulario rioplatense razonado* (1889) del abogado hispano-uruguayo Daniel Granada (1847-1929). Allí el matrero era definido como el “individuo que anda huyendo de la justicia por los montes”, uso que el autor también localizaba en Perú y del que derivaba, a su vez, la palabra “matrerear”: “Andar como un matrero: de vago y haciendo bellaquerías”. Una tercera acepción recogida por este repertorio aludía al matrero como “animal de servicio que, cuando lo dejan suelto, no se deja agarrar, y huye. Tratándose de personas, bellaco” (Granada 1889, 194-195).¹²

12. Granada definía al gaucho como el “Hombre del campo, baqueano, diestro en el manejo del caballo, del lazo, de las boleadoras, de la daga y de la lanza, esforzado, altanero y amigo de aventuras”. El autor sostenía que la culminación de las guerras civiles, el fortalecimiento estatal y la progresiva pérdida de poder de los caudillos como figuras centrales del mundo rural “han convertido al gaucho en ciudadano útil, sosegado, amigo de la justicia y agasajador del viandante que llama a las puertas de su vivienda”. Como queda claro, para Granada se trataba de un momento de transición, donde el gaucho de la primera mitad del XIX, siempre al borde de la ilegalidad, perdía muchos de los atributos externos y hábitos negativos y se transformaba a través de la industria y el rol “civilizador” del Estado en poblador pacífico y laborioso. No es precisamente fortuito que estas definiciones circularan en momentos en que se incrementaban las medidas de punición y disciplinamiento sobre los sectores subalternos rurales, durante la dictadura encabezada en el Uruguay por el coronel Lorenzo Latorre (1876-1880), un período caracterizado por el avance de la policía rural, la codificación, el cercado de los campos y el afianzamiento de los derechos de propiedad. Sin embargo, como lo consigna el mismo *Vocabulario*, la palabra gaucho y “gauchaje” todavía podía ser empleada en sentido negativo para indicar a alguien pendenciero, altanero, ladino o “capaz de una fechoría”. El resurgimiento de la conflictividad civil —que Granada no podía entrever— coadyuvó a esta nueva expansión del fenómeno del bandolerismo en sus múltiples dimensiones (Granada 1889, 143-147).

Como sostuvimos al inicio, la invasión del Ejército Unido de Vanguardia de la Confederación Argentina al territorio oriental a fines de 1842, y las consiguientes operaciones defensivas de “tierra arrasada” llevadas a cabo por Rivera y sus comandantes, acarrearón una desestructuración de las sociedades locales del litoral y de los circuitos productivos que no tardó en tener repercusiones en el incremento de la desertión y el bandolerismo. Una de las primeras medidas del general Manuel Oribe a partir del establecimiento del sitio fue comisionar al río Uruguay al general Antonio Díaz, ministro de Guerra y Hacienda, para que controlara y reorganizara militarmente la región, función que cumplió entre julio de 1843 y mayo de 1846 (Magariños de Mello 1961, 742).

Desde sus primeras comunicaciones, Díaz alertó sobre el modo en que la campaña se encontraba “llena de malvados que se abrigan en los montes” y en completa desorganización, en buena medida como consecuencia del accionar de los propios efectivos del Ejército Unido, que habían generado un “furor de cuerear” para cubrir sus necesidades básicas de ropas y vituallas.¹³ En mayo de 1845, desde el departamento de Paysandú, el mismo funcionario volvía a señalar la existencia de un “tráfico inmoral y criminal” practicado por “los matreros desertores Salvajes Unitarios q[u]e se han ocupado constantemente en cuerear y luego iban los carcamanes y compraban los cueros que llevaban de las costas dándoles en pago ropas ó municiones”. Díaz afirmaba haber detenido a capataces y peones abocados a ese contrabando en la estancia de Haedo, en la localidad de Fray Bentos, y tener sospechas de que algunos criadores de ganado mezclaban cueros propios con otros de marcas ajenas o de ganado alzado que “tienen más apariencia de cuereada q[u]e de consumo”. Para el funcionario de Oribe, el desarrollo de estos negocios ilícitos tenía uno de sus principales alicientes en el escaso control de las costas por “falta de energía o corrupción e incapacidad de las autoridades o de sus agentes, y esta es la realidad”.¹⁴ En ese contexto, el control de los matreros fue central para lograr

13. De Antonio Díaz a Manuel Oribe, 4 de marzo de 1844, citado en Magariños de Mello (1961, 745). Cuerear alude a la venta de cueros, en especial robados.

14. De Antonio Díaz a Manuel Oribe, Paysandú, 4 de mayo de 1845, MHN, Sección Manuscritos: Archivo del General Antonio Díaz. Tomo II. Correspondencia, 1845-1853, folios 3-5v. “Carcamanes” era una manera despectiva empleada en el Río de la Plata para designar a los “italianos”.

la pacificación de la campaña y el restablecimiento del orden productivo. Para ese momento proliferaban las partidas o “gavillas” que conjugaban acciones militares y el asalto a poblaciones.

En enero de 1845, Manuel Báez, por ejemplo, intentó asaltar Paysandú al mando de 200 hombres, en gran medida “desertores que se refugiaban en los montes”, siendo finalmente dispersados. Para la prensa rosista, esos jefes partidarios lanzaban “una invitación á los bandidos, á los salteadores, á las pequeñas hordas que vagaban encubiertas por los bosques” para realizar auténticas incursiones de saqueo sobre los pueblos (Díaz 1878, 235-236). Para mediados de 1845, el comandante Oribista Servando Gómez informaba que al norte del río Negro: “Los matreros se han presentado la mayor parte de ellos que no bajará de cien, así que estos departam[en]tos gosan de tranquilidad”.¹⁵

Sin embargo, el inicio de las operaciones encabezadas por Garibaldi, con el apoyo anglo-francés, en septiembre de 1845, volvió a arrojar a los departamentos del litoral del Uruguay a miles de efectivos de diverso encuadre: marineros, voluntarios extranjeros, milicianos y partidas de “hombres sueltos”, exsoldados sin jefatura, que abrieron una nueva disputa por los recursos humanos y materiales y reconfiguraron los circuitos del contrabando y bandolerismo.

Camisas rojas y matreros: el armado de una coalición militar inestable (1845-1847)

Durante sus operaciones, Garibaldi construyó una vasta red de apoyos basada en comandantes locales y en partidas de “hombres sueltos”, entre los que figuraban numerosos “matreros” y “gauchos” que, por diversos motivos, vivían refugiados en el entramado de islas y montes de los ríos Uruguay y Negro. Una vez desembarcado en el Vizcaíno, Garibaldi empleó esta isla como base logística para establecer una rudimentaria Comandancia Militar del Yaguarí, que quedó al mando del coronel Javier Gomensoro, con el cometido de vigilar las costas y proveer de recursos a las

15. De Servando Gómez a Diego Lamas, 24 de mayo de 1845, citado por Magariños de Mello (1961, 864).

tropas. A su vez, la isla también cumplió un papel central como depósito y resguardo seguro donde concentrar vacas, caballos y ovejas recogidos en los montes y campos de las dos orillas del Uruguay, incluyendo el botín del saqueo de Gualeduaychú, efectuado el 20 de septiembre de 1845. Por otro lado, desde el arribo de los expedicionarios, y siguiendo con una práctica frecuente en la zona, las islas también sirvieron de refugio para numerosas familias desplazadas a consecuencia de los enfrentamientos, así como punto de reunión de partidas sueltas que comenzaron a presentar cuando se difundió la noticia del arribo de la escuadrilla montevideana.

Estas operativas de reclutamiento fueron fundamentales para poder llevar adelante un avance sobre Salto siguiendo la costa del río, con rápidos movimientos y golpes sorpresivos sobre las partidas enemigas. Si bien Garibaldi disponía de un pie de fuerza inicial de marineros y legionarios compuesto por unos 500 combatientes, útiles para controlar la navegación del río y consolidar los avances en tierra, carecían en cambio de suficientes hombres de caballería y “baqueanos” para una estrategia guerrillera de largo aliento y elevada movilidad como la que se requería.¹⁶ Debido a esto, apenas arribó al Vizcaino, Garibaldi envió exploradores para que se adentraran en el Rincón de las Gallinas, los que retornaron al poco tiempo “con un sargento y dos hombres de la montonera del Capitán Juan de la Cruz que había sido obligado a dispersar su gente después de la India Muerta”. La aparición de estos primeros combatientes dispersos, según comunicaba Garibaldi a Montevideo, “han abierto un manantial de esperanzas” ya que muchas de las familias que ocupaban el Rincón habían sido conminadas a retirarse de sus predios por los comandantes de Oribe, y se encontraban “enfurecidos y dispuestos a agregársenos y pasar las familias a las Islas”.¹⁷

Siguiendo con esta lógica, Garibaldi despachó otras embarcaciones a Mercedes para “recoger gente que pueda encontrarse escondida en los montes e islas” y en los días posteriores continuaron sumándose pequeñas partidas de oficiales que habían permanecido dispersos desde la derrota de India Muerta. El principal referente

16. Baqueano refiere a una persona conocedora de los caminos, en especial en el medio rural.

17. De Giuseppe Garibaldi a Rufino Bauzá, 11 de septiembre de 1845, en Garibaldi (1973, 131-132).

de estos combatientes era el citado Ledesma, que según las versiones que circulaban entre los matreros, todavía conservaba “una porción de hombres” ocultos en unas islas del río Uruguay, cerca de Fray Bentos. Garibaldi expidió un par de balle-
neras para tomar contacto con esos hombres y transportarlos hasta el campamento establecido en el Rincón de las Gallinas, donde Ledesma se presentó días después, junto a 84 hombres “regularmente montados y armados”.¹⁸

Luego de consolidadas sus fuerzas, Garibaldi y los expedicionarios abandonaron las islas de la desembocadura del río Negro y avanzaron hasta el Hervidero, un paso estrecho del río Uruguay fácil de controlar y defender. Desde allí, a inicios de noviembre del mismo año, los expedicionarios ocuparon el pueblo de Salto, que había sido abandonado por las fuerzas del Ejército Unido, después de hacer retirar a la mayor parte de las familias con sus propiedades. Tal como puntualizaba el gobernador entrerriano Justo José de Urquiza, esta acción era relevante, en tanto el pueblo de Salto servía de punto de apoyo “para que en el reúnan tanto los emigrados como los matreros y descontentos: considerando por esto de precisa necesidad mantenerlo siempre en el reducido sitio en que le tengo”.¹⁹ En ese sentido, la correspondencia que mantuvo Garibaldi a partir de allí da cuenta de una situación logística muy complicada. Por diversas razones, políticas y financieras, desde los últimos meses de 1845 el Gobierno montevideano cesó de remitir víveres y pertrechos de forma regular, lo que obligó a los comandantes garibaldinos a incrementar la presión sobre los recursos pecuarios locales y echar mano de contribuciones y empréstitos que alcanzaron una crecida suma al final de la campaña. Como veremos, esta situación, sumada al hecho de que Garibaldi había montado un sistema defensivo muy horizontal, en el que las partidas de caballería y sus comandantes tenían gran autonomía operativa, generó, luego de la partida de la Legión Italiana, un fuerte conflicto con los nuevos militares nombrados por Rivera para hacerse cargo del departamento.²⁰

18. De Giuseppe Garibaldi a Rufino Bauzá, 19 de septiembre de 1845, en Garibaldi (1973, 135).

19. De Justo José de Urquiza a Antonio Díaz, 11 de diciembre de 1845, Ceibal, transcrito por Díaz (1878, 179).

20. De Giuseppe Garibaldi a Rufino Bauzá, 12 de septiembre de 1845, Yaguairí, en Garibaldi (1973, 133); “Diario de la Legión Italiana”, Cuaderno No. 2, entradas del 12 y 13 de septiembre de 1845, MHN, Manuscritos, Tomo 1282.

Mientras tanto, el Gobierno montevideano envió nuevos contingentes a las islas del Vizcaíno, Lobos y Yaguarí, consciente de su importancia estratégica. En el verano de 1846 fueron remitidos a la zona varios oficiales que, luego de la derrota de India Muerta, habían buscado refugio en Río Grande do Sul y estaban reingresando al territorio por el puerto de Montevideo (Dairault 1976). El plan inmediato de este primer contingente, al que se le fueron uniendo otras partidas, era reforzar la comandancia militar del Yaguarí en la desembocadura del río Negro y mantenerse en el terreno a la espera del inicio de una nueva campaña militar en regla. Una vez emplazados en su nuevo destino, los expedicionarios emplearon la isla del Vizcaíno como refugio y punto de apoyo para reunir el escaso ganado que lograron arrear de la zona y como base de operaciones para llevar adelante incursiones de faena y corambre en las estancias de las dos orillas del río Uruguay, sirviéndose de algunas balleneras que también emplearon en operativas corsarias para asaltar embarcaciones procedentes de Concordia (Entre Ríos).

Con el tiempo, la isla del Vizcaíno albergó a más de 300 hombres que vivían bajo este régimen de clandestinidad, propiciando el establecimiento de comerciantes, mercachifles y traficantes que cambiaban efectos y ropas por los cueros resultantes de esta guerra de recursos (Dairault 1976). A la postre, estos milicianos y oficiales sirvieron de vanguardia para la nueva expedición militar que organizó Fructuoso Rivera tras desembarcar en Montevideo, en abril de 1846, en el marco de un violento motín que le permitió retomar las riendas de la política local. Nombrado jefe del ejército de operaciones, a partir de mayo el caudillo colorado comenzó a enviar tropas al departamento de Colonia. En el transcurso de la campaña las tropas riveristas efectuaron múltiples saqueos en los puntos que iban ocupando. Como lo revelan las fuentes, en estos episodios destacaron los efectivos del batallón de Cazadores vasco-franceses, que se labraron una oscura reputación durante todas las operaciones en que participaron, lo que obligó a Rivera a ordenar su completa desmovilización y retorno a Montevideo luego de la toma y feroz saqueo al que fue sometido Paysandú, en diciembre de 1846.

Pero fue sobre todo la exigencia de recursos de la economía pecuaria lo que provocó mayores tensiones con los comerciantes y estancieros locales. Siguiendo una

práctica ya consagrada por todos los comandantes, Rivera y sus oficiales reunieron todo el ganado caballar y vacuno que pudieron encontrar en la región del sur del río Negro y requisaron cargas de miles de cueros depositadas en barracas, elementos imprescindibles para suplir con vituallas y vestimenta a las tropas, previa comercialización con los proveedores que marchaban junto a la fuerza y que el cónsul británico Martin Hood entendía que eran un círculo de negociantes. Para allanar dificultades y cumpliendo con exigencias del propio Rivera, el 17 de agosto de 1846 el Gobierno de Montevideo sancionó un controversial decreto por el cual, bajo la excusa de protegerlas, colocaba a las propiedades particulares “bajo la dependencia del Ejército de la República sin ninguna excepción” y otorgaba amplias facultades a Rivera para tomar frutos del país, previo registro de la Comisaría de guerra.²¹

En un plan de operaciones fechado en septiembre de 1846, Rivera volvió a recordar que, cuando se reiniciaran las acciones militares, “los frutos del país que tienen acopiados los enemigos, y que fueren tomados por las fuerzas conuinadas (sic), responderán a los gastos que se hagan y sus suplementos, para poder realizar la campaña” ya que en su mayor parte eran producto del contrabando, por lo que pertenecían al Estado en tanto “derecho de guerra”.²² Esta política dio lugar a numerosos reclamos de comerciantes extranjeros. En todo caso, ante este panorama de proliferación de hombres en armas, enfrentamientos permanentes y grandes matanzas de ganado, no es casual que el fenómeno de las partidas sueltas y los matreros adquiriera un notable *crescendo* en varios puntos del territorio. En una comunicación de mayo de 1846, Julián Martínez, jefe de la Comandancia Militar de la isla de Martín García, informaba que el comandante Juan Mesa, oficial de las fuerzas de Montevideo, que poco antes había salido con una partida de 156 hombres desde la isla del Vizcaíno:

[...] había sorprendido el Pueblo de Porongos matando al comandante y dispersando la fuerza que lo guarnecía, haciendo igual operación en el del Durazno: que llevaba numerosa y brillante caballada que había reunido en su marcha, incorporándosele

21. De Martin Hood a Palmerston, 16 de octubre de 1846, en Public Record Office, Foreign Office, 51, tomo 41, f. 66.

22. De Fructuoso Rivera a José Antonio Costa, ministro de Guerra y Marina, Cuartel General, Montevideo, 22 de septiembre de 1846, en Archivo General de la Nación, Uruguay, Ex Archivo y Museo Histórico Nacional, Caja 44.

mucha gente de la que se hallaba en los montes: que en el interior de la República está plagado de partidas que las llaman *matreros*, siendo tan numerosas, que constantemente se acercan á los pueblos y empeñan serios combates, muy particularmente en el pueblo del Colla, en el que hacen ataques casi diarios.²³

En sus apuntes diarios, el político Francisco Solano Antuña corroboró esta última afirmación señalando que, en junio de 1846, se habían visto grupos de hasta 150 matreros que, descontentos con sus jefes, merodeaban en los alrededores del mencionado pueblo del Colla, en el departamento de Colonia. No es raro entonces que, más que potenciales colaboradores, Rivera viese en las gavillas de matreros y contrabandistas una peligrosa competencia sobre un recurso cada vez más escaso como era el ganado vacuno y caballar. En esa línea, en noviembre de 1846, siguiendo órdenes del Gobierno de Montevideo, mandó “evacuar la isla del Vizcaino y las demás adyacentes en el Uruguay que se encontraban ocupadas por algunas tropas de la República e infinitas familias”, fuerzas que se embarcaron con destino a Colonia. Según el jefe colorado, el enclave insular se había transformado en “asilo de desertores y de otras gentes mal entretenidas, que, halagadas por traficantes, están ocasionando un gran mal á los propietarios de la República y al Ejército mismo que se está organizando para empezar operaciones”.²⁴

Para terminar con estos circuitos clandestinos, Rivera solicitó autorización para llevar a cabo una operación de envergadura que se “apodere de aquella clase de hombres” y les incautara caballos, armas “y todo cuanto pueda servirles para las correrías que están haciendo en el Departamento de Soriano y en el Rincón de las Gallinas”.²⁵ Para ese momento la sociedad del comerciante británico Samuel Lafone, propietaria de la isla, ya había hecho retirar a sus trabajadores y, en adelante, se prohibió el establecimiento de traficantes que alimentaran las actividades ilegales.

23. De Julián Martínez al ministro de Guerra y Marina, Coronel José A. Costa, 22 de mayo de 1846, en *Comercio del Plata*, Montevideo, No. 186, 25 de mayo de 1846, 1 y *Comercio del Plata*, Montevideo, No. 188, 28 de mayo de 1846, 2. La palabra “matreros” aparece subrayada en el original.

24. Francisco Solano Antuña, “Escritos históricos, políticos y jurídicos del Dr. Francisco Solano Antuña”, *Revista Histórica*, 148-150 (1977): 298-303.

25. Comunicación de Fructuoso Rivera, campamento de Las Vacas (Departamento de Colonia), 25 de noviembre de 1846, transcrita por De María (1887, 35-36).

El paulatino fracaso de la campaña militar de Rivera en el litoral malogró esos esfuerzos de ordenamiento de la campaña y “limpieza” de matreros y desertores de las islas de los ríos Uruguay y Negro. La violenta toma de Paysandú, en diciembre de 1846, demostró ser una auténtica victoria pírrica, no solo por la enorme pérdida de recursos que acarreó —alrededor de un tercio de sus tropas quedaron fuera de combate— sino porque, menos de un mes después, el 21 de enero de 1847, se debió ordenar el abandono del pueblo ante el avance del general enemigo Servando Gómez, que el 8 de enero ya había recuperado el punto estratégico de Salto. Por último, el 27 del mismo mes, también Mercedes pasó a estar bajo control del Ejército Unido. Para ese momento Las Vacas, Soriano, San Salvador e Higueritas ya estaban en posesión de Oribe, quedando solo Colonia del Sacramento como “único punto en las costas del Uruguay en posesión del gobierno de Montevideo”.²⁶

Tras esta sucesión de derrotas, las islas y montes del río Uruguay se colmaron de desertores, soldados de línea, milicianos y población civil que voluntaria o coercitivamente abandonaba sus residencias. Luego de la caída de Mercedes, por ejemplo, cerca de 400 milicianos del ejército de Rivera se habían guarnecido en la isla del Vizcaíno. Ante la falta de víveres, el 25 de enero de 1847 una partida de 50 hombres al mando del capitán Ledesma asaltó la localidad de Soriano, siendo desalojados horas después por una fuerza oribista.

Unos días más tarde, el 10 de febrero, ese pueblo fue nuevamente tomado por unos 120 hombres al mando del mismo “salteador Juan de la Cruz Ledesma”, apoyado en esta oportunidad por 100 infantes franceses y algunas embarcaciones de guerra de la misma nación. De acuerdo al parte difundido por el Gobierno del Cerrito, en el momento en que fueron sorprendidos por una columna al mando de Ignacio Oribe, los atacantes se encontraban “embarcando el robo completo de todas las casas de los vecinos y del comercio del indefenso pueblo de Soriano”, botín que en gran parte debieron abandonar en tierra.²⁷ Finalmente, a los cuatro días de

26. De Martin Hood a Palmerston, Montevideo, 10 de febrero de 1847, PRO/FO 51-45, ff. 70-73.

27. Parte de Ignacio Oribe, brigadier general de las Fuerzas al sur del río Negro, Picada de Lobos, 10 de febrero de 1847, *Archivo Americano y espíritu de la prensa del mundo*, Tomo I, Buenos Aires: Imprenta de la Independencia, 1847, 140-142.

este episodio, un contingente del ejército de Oribe al mando del general Servando Gómez ocupó las islas de Lobos y Vizcaíno, que fueron abandonadas por Rivera y sus hombres bajo la protección de buques de guerra franceses, quedando en poder de los oficiales de Oribe alrededor de 900 caballos y algunas armas abandonadas.²⁸

“Príncipes de los matreros”. Las carreras de Juan de la Cruz Ledesma y José Mundell

No es un hecho fortuito que Garibaldi haya dado tanto espacio en su correspondencia y en sus *Memorias* a los matreros. Las formas de resistencia —y el desprecio a la autoridad— del que hacían gala los jefes de estos grupos fue exaltada años después por el jefe de los legionarios como la quintaesencia del coraje marcial. Los casos de Juan de la Cruz Ledesma y Joseph Mundell, considerados por Garibaldi en sus *Memorias* como “Príncipes de los matreros”, son ilustrativos de estos liderazgos surgidos en el entorno de los ríos Uruguay y Negro, y de las múltiples tensiones que generaron con los jefes de los ejércitos que operaron en esa región en la década de 1840 (Garibaldi 1982, 141).

Las referencias sobre Ledesma antes de la guerra son por demás escasas. Posiblemente había nacido en el departamento de Soriano, al sur del río Negro, lo que podría explicar su profundo conocimiento de la zona, aunque por ahora se desconoce sus actividades políticas o militares previas. Quizás se trate del mismo individuo que, en febrero de 1843, aparece en una lista de heridos durante los primeros combates ocurridos frente a Montevideo, y que poco después fuera propuesto como Teniente segundo del Escuadrón de Caballería del Regimiento No. 4 de línea.²⁹ A partir de allí le perdemos el rastro, hasta que reaparece a mediados de 1845 en la zona del Uruguay, ya con el grado de capitán, como vimos en los despachos de Garibaldi.

28. Parte del general Servando Gómez, encargado del Norte del río Negro, del ataque y posesión de las islas de Lobos y Vizcaíno, 14 de febrero de 1847, en *Archivo Americano*, 143-144.

29. De María (1889, 126); “Historia del Ejército Nacional (continuación). Año 1843”, en *Boletín Histórico*, No. 49 (1951): 3.

Pese a que los hombres reunidos por Ledesma conformaban un pequeño grupo, su capacidad de maniobra y dotes para sobrevivir en contextos hostiles lo convirtieron en un auxiliar fundamental.³⁰ Es muy probable que Ledesma se haya retirado a Maldonado con las tropas de Rivera a inicios de 1847, luego de la caída de Paysandú. En su nuevo destino fue comisionado por el caudillo colorado para realizar algunas comisiones para tentar un acercamiento al jefe enemigo Manuel Oribe. En ese contexto, Ledesma fue llamado a Montevideo e interrogado sobre esas tratativas, en el marco del proceso que terminó con la expulsión de Rivera, acusado de desobediencia al Gobierno.

Todo parece indicar que desde Montevideo el jefe de matreros retornó al litoral del río Uruguay para ponerse al frente de partidas. En todo caso, en los primeros meses de 1848 aparecen referencias concretas a Ledesma y sus matreros en las islas del Yaguarí, aunque su situación era más precaria que nunca. Desde el momento en que los comandantes de Manuel Oribe y Rosas recuperaron el control de la zona, las partidas leales al Gobierno de la Defensa que habían sobrevivido al embate enemigo parecen haber atravesado por un proceso de fragmentación, abocadas a la ardua tarea de la supervivencia en las islas y montes.

En febrero de 1848, el miliciano Luis Olivera afirmó ante las autoridades de Soriano:

Que la miseria, desnudez y desmoralización en las gavillas del Yaguarí son extremas; que algunas se han disuelto ya, dispersándose por todas partes los salvajes unitarios que las formaban y yéndose principalmente para la isla de los *Farrapos* en rebelión declarada contra el salvaje unitario titulado comandante del Yaguarí Juan de la Cruz Ledesma (*El Conservador. Diario de la tarde* 1848, 2).

Olivera, el declarante, afirmó ser un guardia nacional del pueblo de Soriano y partidario de la causa federal que, por los avatares de la guerra, se había visto obligado a integrarse al ejército comandado por el general Fructuoso Rivera. Después de pasar por el departamento de Maldonado, en noviembre de 1847, se embarcó desde

30. Véase, por ejemplo: “Instrucciones que debe obcerbar el Sor Comandante D. José Mundé en la Comision a que con esta fha a sido destinado por el Infrascritpo”, coronel Bernardino Báez, Salto, 22 de enero de 1846, en “Papeles del Coronel José Mundell”, ff. 9-10.

Montevideo con destino al Yaguarí, con la intención de retornar a su localidad de origen y reintegrarse a las filas de Oribe. Una vez en las islas, estuvo conviviendo con algunos matreros hasta desertar acompañado del “facineroso Mariano Aquino”, uno de los tantos hombres que se encontraban refugiados y quien le habría manifestado su intención de “vagar por los montes” o dirigirse a la isla de los *Farrapos*.³¹

Olivera agregó que el “facineroso” Ledesma y sus seguidores permanecían en esas islas gracias a la protección del comandante de un bergantín de la armada francesa que “les facilitaba municiones y embarcaciones menores para hacer sus piraterías en el Río, robos y depredaciones en las costas de Entre-Ríos y en las nuestras”.³² A mediados de 1851, casi al final de la contienda en el territorio oriental, circularon versiones en la prensa montevideana sobre la toma de Soriano por una partida al mando del mismo Ledesma. Si bien *El Defensor de la Independencia Americana* negó el episodio, reconoció en cambio que el “indio facineroso” se encontraba al frente de una pequeña partida de “salteadores que se han mantenido todo este tiempo en aquellas islas”. El periódico sostuvo en el mismo artículo que las fuerzas de Montevideo estaban concentrando todos sus efectivos en Paysandú, por lo que habían ordenado recoger “de las islas del Uruguay las gavillas y trabajadores que había en ellas, transportándolas en vapores a aquel punto”.³³ Por ahora desconocemos con precisión el derrotero posterior de Ledesma, aunque algunos documentos aislados sugieren que siguió estrechamente vinculado a las costas e islas del río Uruguay y que, en algún momento de la década de 1850, se estableció en la provincia de Entre Ríos, desde donde mantuvo contacto con miembros del partido “colorado”. Por lo pronto, un decreto sancionado en Paraná en agosto de 1858 reconoció a un Juan de la Cruz Ledesma como teniente coronel de caballería del Ejército Nacional de la Confederación Argentina, en atención a los servicios

31. *El Conservador. Diario de la tarde*, Montevideo, No. 103, 8 de marzo de 1848, 2.

32. Puede verse el testimonio de Luis Olivera, con fecha del 3 de febrero de 1848, en *El Conservador. Diario de la tarde*, Montevideo, No. 103, 8 de marzo de 1848, 2.

33. *El Defensor de la Independencia Americana*, Miguelete, No. 598, 2 de agosto de 1851. Agradecemos al investigador uruguayo Jorge Frogoni esta referencia.

prestados, aunque no debemos descartar que pueda tratarse de un homónimo.³⁴ Pocos años más tarde, en abril de 1864, en el contexto de una nueva guerra civil en el Uruguay, las autoridades del departamento de Paysandú dieron cuenta de una operación en la que habían tomado prisionero al “titulado comandante Juan de la Cruz Ledesma”, considerado uno de los “principales agentes de Flores en Entre Ríos, y que hacía más de tres meses se encontraba en las Islas Orientales del Uruguay, reuniendo a los desertores del enemigo y mandándoselos a aquel”.³⁵ La última referencia que hemos ubicado lo sitúa de nuevo en Entre Ríos, donde las autoridades lo designaron en 1867 como comandante encargado de la vigilancia de las islas y costas del Uruguay, puesto en el que, tras su fallecimiento, fue sustituido por Medardo Castro, en mayo de 1868.³⁶

En suma, aunque por ahora este itinerario es conjetural, si los datos consignados arriba se refieren al mismo actor, es posible suponer que la carrera de “príncipe de matreros” que Ledesma había comenzado durante la década de 1840 continuó luego de acabada la contienda, siempre ligada a las costas del río Uruguay, desempeñándose como un experto baqueano que se movía con fluidez a través de ese hábitat, cumpliendo cometidos informales, como agente “de partido” o en calidad de vigilante de las costas a sueldo de la administración entrerriana.

Poco después de que Ledesma y sus hombres se unieran a las tropas expedicionarias de Montevideo en el Rincón de las Gallinas, llegó al campamento garibaldino una comunicación de Joseph (José) Mundell, súbdito inglés, en la que solicitaba instrucciones sobre la dirección a seguir con cerca de 160 hombres que, según afirmaba, estaban bajo su mando en la zona de Arroyo Malo, ubicada más abajo en el curso del río Uruguay. Al parecer se trataba de otro grupo de combatientes que hasta ese momento actuaba de forma independiente, por lo que Garibaldi envió de inmediato al propio Ledesma con su escuadrón y municiones a bordo de un

34. Decreto No. 4526, Paraná, 10 de septiembre de 1858, en *Registro Nacional de la República Argentina. Tomo Cuarto, 1857 a 1862* (1883, 138).

35. De Leandro Gómez al ministro de Guerra y Marina, brigadier general Diego Lamas, Paysandú, 17 de abril de 1864, en Pons y Erausquin (1887, 108).

36. *Recopilación de leyes, decretos y acuerdos de la Provincia de Entre Ríos...* 1876, 99-100 y 214.

pailebot, para que se les unieran (Fernández Saldaña 1945, 860-861; Schulkin 1958, 418-433). Es posible que el jefe de los legionarios tuviese alguna noticia previa sobre las acciones de Mundell, un estanciero de cierto prestigio radicado desde hacía varios años en la jurisdicción del departamento de Paysandú. De acuerdo a sus biógrafos, el improvisado comandante había nacido en Manchester en 1807, dentro de “un linaje de hidalgos pobres” (Fernández Saldaña 1945, 860-861; Schulkin 1958, 418-433). Siendo muy joven emigró a Montevideo, hacia 1821, y pocos años después de su arribo se trasladó al departamento de Colonia para pasar luego al de Paysandú, donde se estableció en los inicios de la década de 1830. En sus primeros años desarrolló actividades como mercachifle y aguatero, hasta reunir un patrimonio que le permitió dedicarse a la explotación pecuaria, al igual que un dinámico segmento de inmigrantes franceses e ingleses que se había ido afincando en las costas del Uruguay.

No se sabe cómo fue que Mundell llegó a entablar vínculos tan estrechos con el mundo del bandolerismo rural, pero es posible que desde el momento en que se estableció en la región del Queguay haya ido negociado un *modus vivendi* con los principales matreros de la zona, concediéndoles permiso para poder carnear y obtener cueros de sus rodeos, abasteciéndolos de bienes de consumo o empleando a algunos de ellos como mano de obra zafral para desarrollar tareas en su establecimiento. Como sea que fuere, Mundell afirmó años después que “nunca tomé las armas hasta la intervención de Inglaterra y Francia en el año de 1845” cuando Manuel Oribe dio órdenes para proceder al “arresto y prisión de todos los súbditos británicos y franceses” de la zona.³⁷ En esa coyuntura crítica comunicó su decisión de organizar un grupo de combatientes al ministro inglés William Gore Ouseley “quien aplaudió lo que había hecho y me envió armas para mis seguidores”, remesas que, por lo que sabemos, continuaron a lo largo de la campaña. Aunque sus partidarios lo llamaban comandante e incluso coronel, el mismo Mundell sostuvo que esas denominaciones eran informales, una mera tradición, común entre los paisanos, ya que nunca recibió

37. De Joseph Mundell a Edward Thornton, 24 de abril de 1858, en Museo Histórico Nacional (Montevideo), “Papeles del Coronel José Mundell”, doc. 90. Traducción propia de los autores.

ningún despacho o nombramiento militar oficial del Gobierno de Montevideo.³⁸ Para fines de 1845, el estanciero había logrado movilizar un heterogéneo grupo de cerca de 100 milicianos —muchos de ellos matreros de la zona— que fueron conocidos como el “Escuadrón del Queguay” o “Voluntarios del Queguay”, en los que llegaron a revistar alrededor de 100 hombres. Durante los meses siguientes estos efectivos, junto a los de Ledesma, formaron el núcleo de la caballería de la denominada “División oriental” que formó Garibaldi en el campamento del Rincón de las Gallinas, enfrentando a partidas enemigas y ocupándose de numerosas comisiones de reclutamiento y reunión de caballadas y ganado vacuno a lo largo de las costas.

Tras la partida de Garibaldi y sus legionarios, las tropas bajo el mando de Rivera ocuparon Salto. En noviembre de 1846, los coroneles Luciano Blanco y José Antonio Reyes, designados por Rivera, asumieron el control del departamento y tomaron medidas drásticas, argumentando que el norte del río Negro estaba completamente anarquizado. Entre otras disposiciones, se apresó y ejecutó a Ignacio Pereira, conocido como *Gato negro*, uno de los improvisados partidarios que había colaborado de forma activa con Mundell y al que se acusaba de múltiples robos.

Es posible que se trate del mismo “salteador denominado Comandante Pereira” que, según informó el oficial oribista Diego Lamas, a fines de diciembre de 1845 salió de Salto al frente de “una partida de 40 o 50 salvajes unitarios” que, en las inmediaciones de la Laguna Arapey, asaltó a varios súbditos brasileños y asesinó a otros 9 “después de haber saqueado cuanto encontraron en las casas”.³⁹

En ese contexto, el propio Mundell, a quien el mencionado Reyes definía como un “bandido” y “montonero insubordinado sin más norte que el robo” fue detenido, sumariado y enviado con destino a Montevideo, escapando del fusilamiento por su calidad de ciudadano inglés (Dairault 1976, 199).⁴⁰ Más allá del grado de veracidad de los cargos, parece claro que las medidas tomadas por los comandantes Blanco

38. De Joseph Mundell a Edward Thornton, 24 de abril de 1858, en Museo Histórico Nacional (Montevideo), “Papeles del Coronel José Mundell”, doc. 90. Traducción propia de los autores.

39. De Diego Lamas a Manuel Oribe, 7 de enero de 1846, MHN, Archivo y Biblioteca Pablo Blanco Acevedo, tomo 77, f. 131.

40. MHN, Archivo y Biblioteca Pablo Blanco Acevedo, tomo 77, f. 137.

y Reyes apuntaban a dismantelar las redes de milicianos y matreros montadas por Garibaldi y sus colaboradores, en un momento en que las relaciones entre el guerrillero italiano y Rivera no eran cordiales. Las fuentes revisadas dan cuenta de un fuerte cruce de acusaciones entre Mundell y los oficiales de Rivera en torno a supuestas rapiñas y negocios con ganado y cueros apropiados, elementos que se yuxtaponían con una disputa de fondo por el mando de las tropas locales y el papel que les correspondía a los extranjeros en las fuerzas de guerra.⁴¹

Pese al traspié sufrido a fines de 1846, Mundell pudo retornar a Paysandú cuando el sitio de Montevideo acabó, y rehízo su patrimonio rural, transformándose en un referente del partido colorado en la región. Entre 1853 y 1854 fue designado para ocupar la Jefatura Política y de Policía de Paysandú, el máximo cargo público de esa jurisdicción, función para la cual fue propuesto de nuevo en 1865 (Fernández Saldaña 1945, Schulkin 1958).

A modo de conclusión

En las páginas previas se ha analizado, a ras de suelo, la complejidad social de las prácticas bélicas de la guerrilla y su yuxtaposición con modalidades de resistencia a la autoridad que ya venían empleando desde hacía décadas las gavillas de “gauchos” y “matreros” que transitaban por los ríos y montes del eje fluvial del río Uruguay, uno de los escenarios en que se procesó esa imbricación. En particular, desde una perspectiva regional, hemos propuesto territorializar y periodizar esa conflictividad regional de formas más flexibles, por fuera de los a veces estrechos marcos estatales o provinciales que no permiten aprehender la complejidad de un conflicto que movilizó a múltiples actores, no solo castrenses.

Si bien el fenómeno del bandolerismo ya poseía una considerable independencia operativa, es decir, ya contaba con un circuito económico, social y geográfico construido a lo largo de las décadas previas, fue el *crescendo* de las guerras de

41. Véase la carta escrita por Mundell, fechada en 1847, Montevideo, MHN, Archivo y Biblioteca Pablo Blanco Acevedo, tomo 77, folios 120-120v.

mediados de siglo XIX el que lo dotó de mayor autonomía, ambiguamente situado entre los bandos en conflicto como una suerte de “tercero en discordia”. Como se vio, la negociación con los matreros y otros pobladores considerados como marginales o ilegales se volvió una parte central de la logística de la guerra, ya que de su control dependía en buena parte la posibilidad de llevar adelante las operaciones de reclutamiento y abastecimiento como la necesidad de “pacificar” los departamentos y asentar el orden de posguerra.

Las campañas casi simultáneas de Rivera y Garibaldi de algún modo ilustran las formas diversas con que las autoridades militares afrontaron ese desafío. Mientras que el guerrillero italiano se movía con fluidez por ese mundo de “hombres sueltos” y lo tomó como base para el armado de su sistema militar al norte del río Negro; Rivera, en cambio, no se mostró favorable a los comandantes improvisados, en tanto representaban una feroz competencia por los recursos de una ya diezmada economía pecuaria, pero posiblemente también por no estar dispuesto a acordar un *modus vivendi* con comandantes que no pertenecían a sus redes de fidelidad, sino a las del jefe de la Legión Italiana.

Si abandonamos la perspectiva general y tomamos algunos ejemplos concretos, como planteamos en la segunda parte del artículo, las trayectorias de Juan de la Cruz Ledesma y Joseph Mundell también evidencian el modo en que ese ecosistema formado por los montes e islas de la región del Uruguay sirvió para cimentar liderazgos políticos, que continuaron una vez terminada la contienda. El caso de Ledesma, pese a las cautelas que debemos tomar al no contar con información sólida, es el que ejemplifica de modo más acabado esa territorialidad fluida del matrerismo a la que aludimos arriba, difícil de asir con las cartografías estatales convencionales, sobre todo si tenemos en cuenta que sus acciones se prolongaron por más de veinte años entre la provincia de Entre Ríos y el Estado Oriental del Uruguay, cumpliendo funciones como agente informal o como servidor público a sueldo de la Administración provincial.

Referencias

Antuña, Francisco Solano. “Escritos históricos, políticos y jurídicos del Dr. Francisco Solano Antuña”. *Revista Histórica*, 148-150 (1977): 275-408.

Archivo Americano y espíritu de la prensa del mundo, Tomo I. Buenos Aires: Imprenta de la Independencia, 1847.

Archivo General de la Nación (AGN), Montevideo-Uruguay. Archivo General de la Nación, Uruguay, Ex Archivo y Museo Histórico Nacional, Caja 44.

Barreto, Isabel, y Andrés Azpiroz. “Familia y movilidad social en la frontera al norte del río Negro (Uruguay) durante la primera mitad del siglo XIX”. *HiSTOReLo. Revista de Historia Regional y Local* 13, no. 28 (2021): 242-284.

Bertolotti, Virginia. “De los orígenes de gaucho: un vagabundo en fronteras inciertas”. *Revista de la Academia Nacional de Letras* 2, no. 2 (2007): 167-203. http://www.academiadeletras.gub.uy/innovaportal/file/128435/1/revista_anl_2_2007_a21.pdf

Blok, Anton. “The Peasant and the Brigand: Social Banditry Reconsidered”. *Comparative Studies in Society and History* 14, no. 4 (1972): 494-503. <https://www.jstor.org/stable/178039>

Cady, John. *La intervención extranjera en el Río de la Plata, 1838-1850*. Buenos Aires: Losada, 1943.

Comercio del Plata. Montevideo, 1845-1846.

Dairault, Francisco. “En el Ejército del Gral. Rivera durante la Guerra Grande”. *Boletín Histórico del Ejército*, no. 167 (1976).

Díaz, Antonio. *Historia política y militar de las Repúblicas del Plata, parte tercera, Tomo VII*. Montevideo: Imprenta del Siglo, 1878.

Duffau, Nicolás. *Armar al bandido: prensa, folletines y delincuentes en el Uruguay de la modernización: el caso de El Clinudo (1882-1886)*. Montevideo: Ediciones Universitarias, 2014.

Duffau, Nicolás. “¿El Indio Amarillo sitia Salto? Reconstrucción histórica y reflexiones metodológicas en torno a un confuso episodio (Salto, 1853)”. *Revista Historia para Todos*, no. 5 (2017): 1-8. <https://revistahistoriaparatodos.wordpress.com/2017/06/05/revista-historia-para-todos-ano-3-numero-5-junio-2017-issn-2451-6333/>

El Conservador. Diario de la tarde. Montevideo, 1848.

El Defensor de la Independencia Americana, Miguelete, 1845-1846.

Etchechury-Barrera, Mario. “Chinas, guayaquises y jente que no es de armas”. Algunas consideraciones sobre el impacto social de la guerra en Montevideo y su *Hinterland* rural (1842-1845). *Prohistoria*, no. 28 (2017): 129-148. <https://www.redalyc.org/journal/3801/380157595006/html/>

Farinatti, Luis-Augusto. “La Historia Agraria en el sur de Brasil: un panorama sobre los últimos avances historiográficos”. *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani*, no. 48 (2018): 174-206. <http://revistascientificas.filo.uba.ar/index.php/boletin/article/view/6548>

Fernández-Saldaña, José-María. *Diccionario uruguayo de biografías, 1810-1940*. Montevideo: Amerindia, 1945.

Fradkin, Raúl. *La historia de una montonera. Bandolerismo y caudillismo en Buenos Aires, 1826*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores, 2006.

Fradkin, Raúl. “Miradas del bandolerismo rural en el litoral rioplatense a finales de la época colonial”. *Revista de Indias* 82, no. 285 (2022): 391-423. <https://doi.org/10.3989/revindias.2022.i285>

Fradkin, Raúl, y Jorge Gelman. “Recorridos y desafíos de una historiografía. Escalas de observación y fuentes en la historia rural rioplatense”. En *Microanálisis. Ensayos de historiografía argentina*, editado por Beatriz Bragoni, 31-54. Buenos Aires: Prometeo, 2004.

Garavaglia, Juan-Carlos, y Jorge Gelman. “Mucha tierra y poca gente: un nuevo balance historiográfico de la historia rural platense”. *Historia Agraria*, no. 15 (1995): 29-50. https://historiaagraria.com/FILE/articulos/HA15_garavaglia.pdf

Garibaldi, Giuseppe. *Epistolario. Volume 1 (1834-1848)*. A cura di Giuseppe Fonterossi, Salvatore Candido, Emilia Morelli. Roma: Istituto per la Storia del Risorgimento Italiano, 1973.

Garibaldi, Giuseppe. *Memorie autobiografiche*. Firenze: Giunti, [1872] 1982.

Granada, Daniel. *Vocabulario rioplatense razonado*. Montevideo: Imprenta Elzeviriana de C. Becchi y Cia., 1889.

“Historia del Ejército Nacional (continuación). Año 1843”. *Boletín Histórico del Ejército*, no. 49 (1951).

Lockhart, Washington. *La vida cotidiana en la Colonia. 1. Los Pueblos*, Montevideo: Arca, 1967.

Magariños de Mello, Mateo. *El Gobierno del Cerrito. Colección de documentos oficiales emanados de los poderes del Gobierno presidido por el Brigadier General D. Manuel Oribe. 1843-1851*. Montevideo: sin pie de imprenta, 1961.

María, Isidoro de. *Anales de la defensa de Montevideo. 1842-1851, Tomo IV*. Montevideo: El Siglo Ilustrado, 1887.

McLean, David. *War, Diplomacy and informal empire: Britain and the republics of La Plata, 1836-1853*. Londres: British Academic Press, 1995.

Montero-Martínez, Homero. *El Río Uruguay. Geografía, historia y geopolítica de sus aguas e islas*. Montevideo: Centro Militar, 1957.

Moraes, María-Inés. “Historia agraria en el Uruguay: la cuestión agraria y después”. *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani*, no. 115 (2022): 138-150. <https://doi.org/10.34096/bol.rav.nEspecial.11546>

Moutoukias, Zacarías. *Contrabando y control colonial en el siglo XVII: Buenos Aires y el espacio peruano*. Buenos Aires: Consejo Empresarial de América Latina (CEAL), 1988.

Museo Histórico Nacional (MHN), Montevideo-Uruguay. Biblioteca Pablo Blanco Acevedo, Tomo 77.

Museo Histórico Nacional (MHN), Montevideo-Uruguay. Manuscritos, Archivo del general Antonio Díaz. Tomo II. Correspondencia, 1845-1853, Tomo 985.

Museo Histórico Nacional (MHN), Montevideo-Uruguay. Manuscritos, “Diario de la Legión Italiana”, Tomo 1282.

Museo Histórico Nacional (MHN), Montevideo-Uruguay. Manuscritos, Papeles del coronel don José Mundell, Tomo 280.

O'Malley, Pat. “Social Bandits, Modern Capitalism, and the Traditional Peasantry: A Critique of Hobsbawm”. *Journal of Peasant Studies* 6, no. 4 (1979): 489-501.

Poenitz, Erich. *La expedición de Garibaldi al Río Uruguay*. Concordia: sin pie de imprenta, 1995.

Prado, Fabricio. *El borde del Imperio. Redes atlánticas y revolución en el Río de la Plata borbónico*. Buenos Aires: Prometeo, 2021.

Public Record Office (PRO), Londres-Reino Unido. Foreign Office, Serie 51, vols. 41 y 45.

Recopilación de leyes, decretos y acuerdos de la Provincia de Entre Ríos, desde 1821 a 1873, Tomo X, 1867 al 69. Uruguay: La Voz del Pueblo, 1876.

Registro Nacional de la República Argentina. Tomo Cuarto, 1857 a 1862. Buenos Aires: La República, 1883.

Robles, Sergio Daniel. *El delta del Paraná. Territorio, población, producción, prácticas sociales y gobierno en una región de frontera (1750-1870)* Rosario: Prohistoria Ediciones, 2020.

Rodríguez, Julio. *Las montoneras y sus caudillos*. Montevideo: Editores Reunidos-Arca, 1968.

Schulkin, Augusto. *Historia de Paysandú. Diccionario biográfico. Tomo II*. Buenos Aires: Editorial Von Roosen, 1958.

Slatta, Richard, ed. *Bandidos. The varieties of Latin American Banditry*. New York: Greenwood Press, 1987.

